
Rocío y mística cristiana

Enrique Robles Clavijo

En mi Andalucía Occidental –supongo que en muchas otras tierras también– la reflexión al margen del tópico sobre “nuestras fiestas” y más sobre “nuestras celebraciones religiosas” multitudinarias, toca esa fibra que deriva fácilmente en apasionamiento, en identificaciones plenas o en rechazos terminantes. Es decir, el clima menos adecuado para un acercamiento sereno, equilibrado y justo a la honda riqueza humana –¿y cristiana?– de estos eventos. Y más cuando hay una tendencia a la exhuberancia en las Fiestas, Celebraciones, Religiosidades, Mitologías y Magias, Caricaturas, Humor... es decir, en la Vida misma, forzando vivencias, proyecciones y sublimaciones.

El Rocío es, entre todas las fiestas con referente religioso-cristiano de Andalucía, la más desbordante de todas. En el Rocío todo funciona a tope: el gentío, que es bulla inmensa; la exaltación religiosa en todas sus facetas, antiguas, medias, modernas y

contemporáneas; la juerga, que rompe todos los moldes hasta el derrumbe; el comer y el beber, que no acaban nunca; la camaradería y el intercambio, generosos hasta el desconcierto de los recién llegados; el aparentar, el apabullar, el afán demostrativo del propio *status* sacado de quicio, aunque sea a base de créditos bancarios; el entusiasmo y el entusiasmo..., tan cercano y tan ambiguo con respecto a la exaltación mística.

Además, hay no uno sino muchos, muchísimos Rocíos, casi tantos como vivencias personales o de grupo:

- Hay un Rocío del Camino, el de los caminos por el campo y, ¡ay!, con pocos o muchos tramos de asfalto, el de las Hermandades a caballo o en carretas, a lo largo y a lo ancho de varios días y noches, hacia la Ermita de la Blanca Paloma (en principio, el Espíritu Santo; después, la propia Madre del Salvador), y de vuelta: la

Enrique Robles Clavijo (Mairena de Aljarafe) es profesor de Filosofía

Romería en sí misma, tan homogénea y tan variada. ("Mi camino" con una Hermandad gaditana, atravesando el Guadalquivir y caminando por el propio Coto de Doñana, fue desde luego algo inolvidable).

- Un Rocío de la Fiesta sin fin en el Campamento o Poblado del entorno de la Ermita, con sede en las Casas de las Hermandades consolidadas, y también en cientos de casas particulares, en *a c a m p a d a s* multiformes, con su folklore característico (baile, cante, instrumentos, *a c o m p a ñ a* - miento), con un sabor diferente en cada fiesta.
- Un Rocío-Desfile vistosísimo con el colorido y la luminosidad de la Marisma bajo el sol radiante de Junio, desde la llegada de las Hermandades y su presentación hasta la Misa Pontifical de Pentecostés... Todo muy ordenado, bello y ortodoxo, aunque "hollado" por las retransmisiones televisivas.
- Un Rocío Cumbre, el de la Mardrugada del lunes de Pentecostés, con ese increíble asalto (¡!) al Presbiterio y Altar de la basílica de los hermanos almonteños en exclusiva (¡!), para llevar a

**Hay tantos
Rocíos
como vivencias
personales
o de grupo**

empeñones (¡!) a la Virgen a visitar a las Hermandades romeras que la esperan, procesión tan absolutamente diferente de todas las otras, con el intocable protagonismo almonteño de los porteadores de la Imagen, saludada por las Salves –chilladas más que rezadas– a cargo de los capellanes a hombros desde cada Hermandad.

- Un Rocío religioso de los creyentes a la vieja usanza (pietismo milagrero, penitencia, promesa, "do ut des"... de buena voluntad en general), con llantos, promesas, confesiones, rodillas destrozadas, ple-garias sin cuento... En el extremo opuesto, un Rocío chocante de los miles de agnósticos que más o menos coherentemente flipan por la Fiesta, juerga, comida, bebida, encuentro y volver a empezar. "Aquí hay Fuerza", decía mi amiga Pilar con el rostro radiante... Recuerdo a ese otro amigo, cocinero exquisito en el Camino, corazón de una pandilla de descreídos, que "creen" en aquello; testigo de la amistad desbordante, sin más planteamientos que los de la Fiesta. A él y a sus colegas no les molesta la simbología cristiana, pero tampoco la necesitan ni la tienen como referente. Da gusto ir con ellos por los

caminos rocieros y celebrar la fiesta laica en aquel entorno precisamente...

- Un Rocío, Meca de muchos andaluces dispersos, que se extiende más y más por Andalucía oriental, por Barcelona, por la Unión Europea... que vienen enarbolando sus estandartes mientras los *tour-operators* exultan. Un Rocío de los turistas –cientos de miles y miles de personas y de coches, demasiados– que en mayor o menor grado, participan de la Fiesta si tienen alguien de dentro con quien conectar. Un Rocío también de los poco avisados, que vienen simplemente a ver, se traigan todo el polvo del mundo, se hartan de andar, lo pasan fatal y encima ven bastante poco. “¿Y esto es el Rocío? ¡Pues vaya, chico, qué chasco!”.
- Un Rocío de las familias: “*Lleva tu niño al Rocío pa presentarlo a la Virgen, pa bautizarlo con vino, que dé sus primeros pasos por la arena del camino...*”. “*Este año, carretero, no te pases por mi calle, que tan sólo hace unos días que se me murió mi madre*”... Un Rocío tierno, cercano, inalcanzable para el que no va “con la familia”...
- Un Rocío peculiar, dentro de tantas peculiaridades, el de sólo el pueblo de Almonte y su Hermandad (que se autodenomina “Matriz” desde una cierta prepotencia, contestada desde luego: “¿contradictio in terminis?”, ¿disparate canónico?). Imposible de detallar y resistente a ser enjuiciado desde fuera con sus miles de matices, luces y sombras. Es como otro mundo, capaz de llenar casi exclusivamente la programación de la TV local, y más difícil de entender que los rituales de Papúa-Nueva Guinea.
- Un Rocío social, de señores y señoritos, en casas muy especiales, alquiladas a millón en la llamada “Aldea”, con banqueros y políticos, disfrazados de campesinos con zahones y ala ancha, arriando el ascua a su sardina... “*Caireles de plata fina, señorito de postín, date cuenta que al Rocío no se va pa presumir...; cuando pasas a caballo, camino del Ajolí, ojos que no tienen nada se quedan fijos en ti*”. Hay mensaje-moraleja en esta letra de sevillanas (del grupo *Amigos de Ginés*, como todas las otras citadas, fruto del ambiente renovador tras el Concilio): “*Sin caridad y sin amor, medallas y devociones son cosa que nada valen: no olvides que pa la Virgen son tos los hijos iguales*”. “*¡Cuántas medallas se ven, de la Virgen del Rocío, de amigos que no se hablan y hermanos que están reñíos!: Llévala en el corazón lo mismo que en el sombrero; que así es como se conoce a los buenos rocieros*”...
- Un Rocío de cada Hermandad cuando en solitario a lo largo del año, vuelven al Camino, para

encontrarse ellos solos entre ellos y con la Pastora divina. Éste es el Rocío que le impresiona a mi amigo Francisco, trabajador del campo muchos años, hoy en el sector servicios, que año tras año vuelve a su pequeño pueblo aljarafeno, une su carreta al tractor y, con su familia desde luego, no falta a la cita anual, aunque a él le gusta más cuando va con su Hermandad en otras fechas, romería solitaria por el campo... Él lo disfruta a tope, sin planteamientos, pero con vivencias hondas en lo humano y en lo religioso. Nadie se las ha sabido conectar con el sentido de comunidad eclesial posconciliar, ¿y qué? ¿No estará esta vivencia en continuidad con el aparente desconcierto de los juzgados en Mateo 25: “¿Cuándo Te vimos hambriento y Te dimos de comer”?

- Un Rocío de los que lo han mamado viviéndolo cada día en un pueblo, también rociero por los cuatro costados... y no pueden no seguir. En una Hermandad más o menos organizada, más o menos al día, más o menos atenta a lo que está pasando en el mundo y en la Iglesia, que puede ser una asociación “católica” más, a veces muy anquilosada o incluso sirviendo estructuras de poder local o, por el contrario, una auténtica comunidad cristiana de base. Un Rocío de creyentes y clérigos de toda laya, preconciatres, conciatres y de la reacción postconciliar, que están en esto

porque ha sido lo suyo “toa la vía de Dió”, y como desde la referencia cristiana se apuntaron y se siguen apuntando a la política, a la lucha obrera, a la beneficencia, a las clases de religión, a los sacramentos en los momentos claves de la vida, al humanismo, a la solidaridad, al “NO a la guerra”..., también juntan su fe, más o menos ilustrada, a la forma tradicional y popular de divertirse.

El mundo del Rocío que supo resistir, para bien y/o para mal el sutil “puritanismo” conciliar de los clérigos “progres”, ante los nuevos intentos de instrumentalización desde los aires de la “nueva evangelización” o del rearme espiritualista, sigue aguantando y resistiendo a los actuales vaticanistas o rouquianos, como si no pasara nada. Al sector clerical, sobre todo a los ejercientes de “escribas y fariseos”, se les mira con bastante reticencia desde las Hermandades. Se les tolera, se les admite “su prevista actuación”, pero sin pasarse, porque el Rocío es otra cosa: “la Pastora divina no tiene dueño”.

Hay una anécdota curiosa –real o inventada, no lo sé– cuando al Papa Juan Pablo II lo llevaron al Rocío instancias neoconservadoras, y altos clérigos imprudentes le informaron de algunos desmadres de la Fiesta. El Papa, poco avisado, quiso desde su alto magisterio –como si allí tuviera algo que decir– exorcizar la celebración y se permitió ciertas libertades críticas... Los viejos rocieros se

rebrincaron: “–Jozé, ¿zhan terao uzte de quer Papa noh ja reñío? –Y digo yo, compare, ¿cuántoh Papa ha habío en er mundo? –Trehzientoh o cuatrozientoh o máh toavía –¿Y cuántah Virgen del Rocío? –¡UNA na máh! –Poh ezo”...

- Y un etcétera muy largo. Muchos Rocíos, “máh toavía”, quizás demasiados... Cada uno merecería un acercamiento más fiel y completo.

Vista desde fuera –con la mirada neutra del antropólogo cultural o del espectador culto que no se incorpora– no se trata sino de una de tantas celebraciones entre el rebrotar de la primavera y el recoger de la cosecha, con salida de la rutina urbana para volver al campo, a la caravana rústica –caballos, carromatos (ahora también los omnipresentes “todo-terreno”)–, al nomadismo primitivo, haciendo durante varios días lo que no se nos permite desgraciadamente el resto del año: el encuentro a tope con los amigos, el intercambio generoso de comida y bebida, la danza dionisiaca interminable, y, si puede ser, el éxtasis sexual –el famoso “polvo del camino” del chiste–, y por supuesto la sublimación religiosa, desde la más facilona a la más profunda.

Por si fuera poco, para los que son “rocieros de verdad” (¿quién reparte las cédulas de autenticidad?), todo ello transido, expresa o subliminalmente, por el Misterio, tradición o convicción, de la religación asegura-

da con la Madre total, protectora y perdonadora, Divina Pastora de tantos carneros, ovejas díscolas, cabritos o cabrones impenitentes, que tiene entre sus firmes brazos, como cetro absoluto, al Poder de Dios hecho niño, Pastorcito.

Quizás en este maremagnum, para no caer en el desconcierto total, habría que acudir a los diferentes testigos que desde diversas perspectivas podrían hablar. Pero el espacio se nos va agotando. Sólo un testimonio, en torno al meollo: El Rocío –Romería señera y emblemática–, ¿es o puede ser un marco privilegiado para una experiencia religiosa estrictamente cristiana, mística incluso? Mi buen amigo Manolo, rociero de toda la vida, conocedor profundo de la vida interna de una Hermandad tradicional de las más antiguas e importantes, hombre culto, estudioso de la arqueología andaluza, no tiene duda... Éstas son sus propias palabras:

Cuando El Rocío es parte importante de tu vida...

Me pide mi buen amigo Enrique que, en unas líneas, le resuma qué es para un rociano, mejor que rociero, la experiencia de un Rocío vivido intensamente, no sólo desde la biografía personal, inmersa en el fenómeno, como no podía ser de otra forma, por pertenecer al pueblo del cazador que halló la imagen, sino por haber estado y seguir estando incardinado a una de las Hermandades más señeras en la devoción rociera.

Desde la objetividad –y lo digo en serio– que me da el haber vivido intensamente cada una de las romerías del Rocío, desde que tengo uso de razón, primero en absoluta libertad y disfrutando a tope de esta orgía “a lo divino”, y, posteriormente, desde ininterrumpidos cargos dentro de mi Hermandad, durante muchos años, quiero mostrar los valores positivos que, para la vivencia de la fe, encuentro en el hecho de practicarla desde el ser rociero.

Qué duda cabe que el Rocío ha sufrido una transformación radical en muy pocos años y que es un proceso in fieri todavía. La ruralidad natural de la romería comarcana que era el Rocío se ha transformado en una ruralidad mítica, de vuelta a la naturaleza mítica de las Marismas

de Doñana, auténtico locus amoenus del Sur. Por otro lado, se ha convertido el Rocío en un marchamo de andalucismo, que hay que ganar; en una especie de peregrinación a la meca de la idiosincrasia andaluza. Quién duda, a estas alturas, que el Rocío es poder y riqueza, que ha pasado del clericalismo al almonteñismo, en perjuicio de algunos políticos. En fin, que hay muchas novedades en el Rocío, que llegaron por el asfaltado de los caminos en los 60 y más recientemente por los mass media, en especial por

la televisión, que ha mitificado algunas liturgias rocieras...

Pues bien, aunque todo lo antedicho pudiera restarle al Rocío frescura, ingenuidad, sentido de la fiesta, fe intensamente vivida y vívida, afortunadamente, para el rociero no son más que algunos de los lastres que toda actividad humana masificada arrastra de manera casi ineludible.

El Rocío es la manifestación más esplendorosa de la forma de vivir el Sur la fe, enraizada en una devoción mariana. El Rocío, para el rociero auténtico, es inefable: sí, a veces, la

intensidad de la vivencia es tan avasalladora, que faltan las palabras donde sobran los sentimientos, donde habita el Espíritu, que te hace manifestarte como más solidario que nunca, como más des-

prendido de lo material que el resto de los días, que te hace orar; rezar; cantar; vivir en comunidad, como jamás en otros días se vive; y no sólo en las celebraciones religiosas, sino a lo largo de toda la romería. Tampoco vamos a explayarnos en la experiencia sublime del Camino Rociero, auténtico símbolo del caminar de la Iglesia: es que algunos creemos firmemente que si existe una verdadera catarsis, que se pueda materializar aquí y ahora, la encontramos, cada año, ritualmente, en hacer el camino

**Para el rociero,
el Rocío
es auténtico
símbolo
del caminar
de la Iglesia**

rociero: es la particular cuaresma rociera, que culmina con la hierofanía del Lunes de Pentecostés; por eso, el camino de vuelta es un camino de gozo, de reposada constatación de que un mundo mejor es posible, si, como en la romería, se acrecienta el aprecio por los demás, el compartirlo todo en una mesa común, el construir la paz cada día por la tolerancia y el respeto mutuo...

El Rocío es un programa de vida, jamás de muerte; nosotros, en febrero pasado, fuimos los primeros en pronunciarlo, en un acto público en El Rocío, en contra de la injusticia de esta guerra ignominiosa y criminal; pero, además, de una vida vivida intensamente, con la fe puesta en la que nos la sustenta cada día: la Blanca Paloma, la Reina de las Marismas, la Virgen del Rocío, la Madre a la que se acude siempre que se puede o se siente necesidad, de cualquier clase, ¿por qué no? La vida de la fe para el rociero no es una vida abnegada, no hace hincapié nuestra espiritualidad en el sacrificio, en la mortificación, en la meditación: nuestra fe nos hace vividores de una vida gozosa en el medio natural, que hemos respetado en nuestro caminar de siglos por Doñana y respetamos por ser ya patrimonio de todos, nos interesa fomentar y compartir nuestra alegría por medio de nuestras hermandades, en construir un mundo más igual para todos, sin renunciar a nuestra propia idiosincrasia, siempre solidaria. Nuestra religiosidad no pondera tanto la Pasión y Muerte del

Maestro, sino más bien su Resurrección y su Gran Poder Salvador; y, por supuesto, todo bajo la atenta mirada de nuestra Madre del Rocío, causa de nuestra alegría y esperanza de un mundo más justo.

Por estas mismas razones, parte importante de la juventud de nuestros pueblos y ciudades, llegan hasta la vida de la fe, por medio de las Hermandades rocieras, por su peculiar forma de entender la vida, por sus factores externos tan atractivos: coros rocieros, caballos, cantes, bailes, hacer los caminos, el saber compartir, el desprendimiento, etcétera.

En una palabra, los rocieros creemos que por Pentecostés se derrama el Espíritu sobre los corazones que acuden a vivir intensamente el Rocío, como símbolo de una vida mejor, una vida en armonía y solidaridad con todos, que es posible, como que es posible el caminar cada año hasta la Ermita de Las Marismas del Guadalquivir, donde Ella tiene su Casa, en donde derrama el Rocío de la divina gracia.

Hasta aquí el testimonio de Manuel.

Quizás también sería relevante acercarse al tema desde las aportaciones recogidas en FRONTERA en números anteriores sobre la simbiosis mística-vida corriente (nº 19), la ambivalencia de lo religioso (nº 23), las ambigüedades de la nueva evangelización (nº 10), etcétera. Otro día, si tenemos suerte.

El protagonismo básico de esta Romería no es, pues, de la Iglesia ni de otras Instituciones o grupos presentes, sino de la gente, del pueblo, de los pueblos andaluces, en sus fiestas y costumbres, en su religiosidad y hasta en su fe, a pesar de los grupos de poder, civiles, políticos o eclesiásticos, que intentan la pesca o la cacería. Lo importante es la Fiesta, la Salida, el Camino –y si puede ser, para los que están en esa longitud de onda– el Encuentro con el Misterio. Cada uno va a la Romería desde donde estaba previamente, sin importar la simbología: desde ateos que asumen símbolos cristianos y que pueden sentir la Presencia... hasta cristianos que se divierten con ritos preevangélicos y se olvidan de sus convicciones y compromisos más sagrados. Y en medio, las Vivencias desde el Cristo de lo Otro, del Padre de Jesús, de su Espíritu, tan sutil, tan débil, tan profundo, tan inabarcable y misterioso, pero tan extrañamente

cercano, al alcance de los Sencillos, de los Pobres, de los Pacificadores, de los Mansos, de los Sufrientes, de los Perseguidos, de los Amadores sin fronteras... *“¡Estad siempre alegres!”*... *“Ya comáis, ya bebáis”*... *“Te doy gracias, Padre, porque has revelado estas cosas a los pequeños y sencillos”*... *“A Dios nadie lo vio jamás; el Unigénito –y su Madre (¡!)– nos lo ha dado a conocer”*...

Si es verdad que *“no hay nada humano a lo que seamos ajenos”*, ¿por qué no enriquecer el testimonio de los evangelizadores también desde estos acontecimientos lúdicos tan impresionantes? *“Se celebraba una boda –una Fiesta– en Caná de Galilea –en las Marismas del Guadalquivir– y fueron invitados Jesús, sus discípulos y la Madre de Jesús (la Blanca Paloma)”*... *“–No tienen vino”*. *“–Haced lo que Él os diga”*...

Ya sabéis el resto.